

„sigamosla en lo que nos inspira, y guardaremos fácilmente la decencia, así en el tono de la voz, como en los modales.”

XXVI. Exhorta á los Eclesiásticos á que eviten todo comercio con las personas, que con sus conversaciones libres, y su vida desordenada pudieran corromper el espíritu de su estado; á no asistir á los festines de los Seculares, especialmente si no los conocian bien; á ser reservados en las obligaciones de la hospitalidad; porque el convite que se prepara para los extraños, ocupa demasiado, é inspira amor al regalo, y muchas veces hay conversaciones que se resienten de los placeres y estilos del mundo; á no estar demasiado tiempo á la mesa, y dexarla en habiendo comido con sobriedad, para no ser complice de los excesos de los otros, pareciendo que los autorizan con su presencia. Dice: „Que no es del caso que los Clérigos jóvenes vayan á las casas de las viudas, ó de las doncellas á visitarlas, sino rara vez; y que entonces debian ir con algunos ancianos; esto es, con el Obispo, ó con los Presbíteros; pues no hay razon para dar á los Seculares ocasion de murmurar. ¿Por qué no se ha de emplear en oracion, y en la meditacion de la Pasion de Christo el tiempo que resta del servicio de los altares? ¿Para qué servirá andar de casa en casa? Mejor será que los que necesitan de vuestro auxilio y consejo, vayan á buscarle. ¿Qué teneis vosotros que ver con sus conversaciones inútiles? Nosotros, como Sacerdotes, debemos nuestra asistencia á los altares de Jesuchristo, y no á los hombres.” Trata despues San Ambrosio del modo de precaverse contra la ira, y conoce que muchas veces lo repentino de esta pasion arrastra á la naturaleza, y previene la reflexion: mas quiere que en estas impresiones sepamos por lo menos refrenar nuestra lengua, y abstenernos de decir

injurias. „Porque si un hombre habla extravagancias, ¿por qué hemos de cometer la misma culpa? Refiere aquel dicho de Architas, tan decantado de los Paganos: infeliz, „dixo á uno de sus Renteros que le habia ultrajado, yo te castigaria severamente, si no estuviera irritado con la „cólera.” No obstante, hay ocasiones en que se puede el hombre enojar con justicia contra los que delinquen; pero no hay que olvidarse de sí mismos; es preciso contenerse en los límites razonables. El medio mas seguro de ser dueño de los asaltos de la cólera, es irse formando con serias reflexiones un natural facil de contenerse, y acostumbrarse insensiblemente al yugo de la razon: bien sea que se dispute en materias de conseqüencia, ó se hable de puntos comunes, siempre se debe evitar el ruido y la confusion, y acompañar las palabras con la suavidad, honestidad, amistad y gracia, sin decir cosa alguna que choque ó enoje: un discurso demasiado largo, es enfadoso; una cuestión de conseqüencia que no se mueve á su tiempo, da disgusto: sea el modo de hablar puro, limpio, sencillo, grave, sin afectacion, pero no sin gracia. ¿Cómo se han de aprobar las chanzas en un Eclesiástico, quando la Escritura santa no las autoriza? Mas nada impide que se dé agrado y chiste á lo que se dice, y que se mezcle la suavidad; pero el artificio en la pronunciacion es inútil: es preciso seguir la naturaleza: bastará que la pronunciacion sea varonil, con distincion, y bien articulada; que nada tenga de grosera, ni de rustica. Tres cosas hay que observar para no hacer alguna que sea contra nuestra obligacion. La primera es, sujetar las pasiones al yugo de la razon: la segunda, evitar la demasiada actividad, y la demasiada negligencia en el manejo de los negocios, guardando siempre un medio justo: la tercera, hacerlo todo con orden, y á su tiempo. Siguiendo estas máximas, consiguieron tanta gloria Abra-

hán , Jacob , Josef , Job , y David , y llegaron á ser modelos perfectos de prudencia , templanza , justicia , y fortaleza.

XXVII. Trata San Ambrosio en particular de estas quatro virtudes ; da la difinición de cada una , y hace ver la conexión que tienen entre sí : exâmina sus diferentes partes , y da excelentes preceptos para guardarlas , reprehendiendo en los filósofos Paganos que se hubiesen contentado con dar las descripciones de todas estas virtudes , sin cuidar de conformar con ellas su religion y sus costumbres. Compara las ideas groseras y poco exâctas que ellos tenían , con las de los Christianos ; y dice , que éstas son mucho mas justas y mas sublimes. Considera la prudencia , como alma de las demas virtudes : mas quiere que para poseerlas se añada la magnanimidad , la que difine cierta fuerza de espíritu y temperamento , que nos pone en estado de executar quanto emprehendemos. La justicia , que es una de las principales virtudes de la vida civil , y de la sociedad , tiene dos efectos ; uno es dar á cada uno lo que le pertenece , y otro el hacerle bien. Los filósofos decían , que el primer acto de esta virtud , era no hacer mal á nadie , sino á los que nos han maltratado ; mas esta máxima no es conforme al Evangelio , el que nos enseña á perdonar , y no á vengarnos.

Estas son las reglas de caridad que prescribe San Ambrosio : „ Quiere que para socorrer á los infelices , no perdonemos á bienes , ni á consejos , ó buenos oficios : que „ aliviemos á los fieles en sus miserias , y que empecemos „ por ellos nuestras liberalidades. Porque seria gran defecto que les faltára con qué vivir sabiéndolo nosotros. „ Quiere que tengamos gran cuidado de los pobres vergonzantes , de los debiles , de nuestros parientes , si se ven „ en necesidad ; pero guardemonos de enriquecerlos á costa

„ de los pobres : la necesidad , y no la sangre es la regla „ de nuestros beneficios. Dice , que siendo Discípulos de „ Jesuchristo , no debemos avergonzarnos de empobrecer- „ nos con las limosnas ; porque Jesuchristo se hizo pobre „ por enriquecernos. Esto no quiere decir , que hemos de „ morir de hambre por salvar á los otros , sino repartir „ con ellos lo que tenemos , para que no lo disfrute uno „ solo. No prohíbe por esto á un Eclesiástico , que por „ no ser gravoso á la Iglesia , conserve una parte de su „ hacienda , como por otra cumpla con fidelidad las obligaciones de su ministerio. Entre los pobres que quiere el „ Santo que aliviemos , son preferidos los que piden con „ vergüenza , los ancianos que ya no pueden trabajar , los „ enfermos habituales , los que de su estado floreciente cayóron en la pobreza , especialmente si no ha sido por su „ culpa : ultimamente , los que los ladrones ó enemigos „ despojaron de sus bienes. Un inconveniente hay que evitar , añade el Santo , en la distribucion de la limosna : „ se desprecia tal vez á un pobre ciego que está sentado „ en el camino , y se da á un mozo sano y robusto por- „ que nos importuna : esto es dar la limosna por capricho , „ y no con juicio. Tambien corresponde á la gratitud aliviar la miseria de los que nos han hecho algunos buenos „ oficios : hacer por ellos mas de lo que ellos hicieron por „ nosotros , es un exceso loable : muchas veces debemos „ mirar mas al afecto y buena voluntad , que á los servicios que nos han hecho. La benevolencia tambien es una „ virtud necesaria en el comercio del mundo : ésta es como el alma , y el primer resorte de la sociedad , quando la benevolencia acompaña las cosas , sean éstas pequeñas ó grandes , todas se hacen con placer ; el benevolo reduce al que se extravía , cumple con las obligaciones „ de la hospitalidad , y no se niega á las necesidades do-

»místicas. De esta virtud se gloriaba Job , quando decía
 »que su casa estaba abierta á todo el mundo , y que ser-
 »via de retiro al extranjero. No hay cosa mas aproposi-
 »to para mantener la union y benevolencia entre los fie-
 »les, que la conformidad de la fe, el uso de unos mis-
 »mos Sacramentos, las comunes concurrencias á la Iglesia,
 »y la gracia vinculada á nuestros misterios: esta virtud une
 »tanto los sentimientos y afectos, que todos tienen un mis-
 »mo espíritu, y un mismo corazón.»

XXVIII. La fortaleza, que parece la mas sublime de las virtudes, es necesaria en los negocios privados y domésticos, como en las empresas militares. San Ambrosio solamente trata de la que es necesaria en el Christiano, y puede contribuir para la salvacion. Esta fortaleza, segun el Santo, debe ir acompañada necesariamente de las demás virtudes, principalmente de la justicia, sin la qual nos arrastraria á violencias, y á cosas fuera de razon; y quanto mayor fuese la fuerza, mas medios habria para oprimir á los inferiores. »Los heroes de la Religion christiana, sin exércitos ni legiones triunfaron de la barbarie de los tiranos, amansaron los leones, quitaron al fuego su actividad, embotaron la punta de las espadas. Porque no solamente consiste la fortaleza en el vigor del cuerpo, sino en la virtud del alma; no se explica esta fuerza vituperando á sus enemigos, sino impidiendo que sean ultrajados los amigos; consolándose en las desgracias, vendiéndose á sí mismo, reprimiendo los movimientos de la ira, no dexándose ablandar de los placeres, ni aterrarse con la adversidad, ó hinchar con la prosperidad; domando los resentimientos de la carne para sujetarla al espíritu, prosiguiendo hasta el fin en los negocios de importancia en que nos hubiesen empeñado la decencia, ó el honor; haciéndose superior á las riquezas, honras, y placeres;

»sufriendo con paciencia los diferentes reveses que abaten el valor de los hombres, la pérdida de la hacienda, ó del empleo, las calumnias, ú otras tribulaciones; cuidando solo de los eternos bienes, y ocupando el espíritu en quanto puede servir para alimentar la piedad y la virtud. Esta atencion es particularmente necesaria en los que, como los Eclesiásticos, son llamados á mas alta perfeccion. Si estan ya muertos en Jesuchristo, ¿por qué han de vivir inquietos en aquello que concurre para mantener la vida sensual? Su ocupacion debe ser la práctica de la continencia, justicia, y templanza: deben evitar los juegos y diversiones de la juventud, no mezclarse ya en los negocios del mundo, renunciar á los pleitos y otras ocupaciones semejantes; pero no quiere San Ambrosio que por mas deseos que tengan de padecer martirio, se expongan á él temerariamente; mas dice: »Que hay obligacion á sufrirlo todo antes que negar la fe, quando se vean en la ocasion.» El aviso que da para no rendirse en las cosas molestas, es prevenirlas, y tomar partido de antemano, diciéndose á sí mismo: »Si yo me hallára en tales circunstancias, ¿á qué me debería resolver para no hacer cosa alguna contra mi obligacion?» Propone los singulares exemplos de fortaleza, sacados de la Escritura, de Job, de Josef, de Jeedon, de Judas Macabeo, del anciano Eleázaro, de los hermanos Macabeos y su generosa madre, á los quales añade el de los Inocentes, los que antes de haber gustado las primeras dulzuras de la vida, diéron á Dios su sangre; el de Santa Inés, que viendose en la necesidad de perder la castidad, ó la vida, todo lo sacrificó por salvar su inocencia, y conseguir su inmortalidad: el de San Lorenzo, que viendo llevar al martirio á San Sixto, su Obispo, empezó á llorar; no porque le afligia su muerte, sino porque no moria con él. »¿A don-

„ de vais , le dixo , padre mio , sin vuestro hijo ? ¿ A dónde
 „ de sin la compañía de vuestro Diácono ? Hasta ahora no
 „ habeis ofrecido Sacrificio sin Ministro. ¿ Qué es lo que
 „ en mí os ha desagradado ? ¿ Teneis que reprehenderme
 „ alguna infidelidad ? Experimentad en esta ocasion si soy
 „ digno de la eleccion que habeis hecho de mí. ¿ Será po-
 „ sible , que despues de haberme confiado la Sangre sa-
 „ grada del Señor , y la felicidad de acompañaros en la
 „ administracion de los Sacramentos , me negueis hoy mez-
 „ clar mi sangre con la vuestra ? No , le respondió San
 „ Sixto ; no te abandóno yo , hijo mio , sino que tú estás
 „ destinado á sufrir mayores combates ; no tardarás en se-
 „ guirme. No llores , que dentro de tres dias estarás en
 „ donde estoy yo. ¡ Qué gloriosa contienda ! exclama San
 „ Ambrosio. Y ¡ qué espectáculo tan bello era ver aque-
 „ llos ilustres Mártires disputar entre sí quién habia de pa-
 „ decer primero ! No nós ponderen la generosidad de Ores-
 „ tes , y de Pilades , que querian por fuerza morir el uno
 „ por el otro. Ambos eran dignos de muerte , y no la po-
 „ dian evitar ; porque el uno habia cometido el parricidio ,
 „ y el otro era cómplice : pero aqui nadie obligaba á San
 „ Lorenzo á que se ofreciese á la muerte , su zelo sola-
 „ mente le llevaba : y quando tres dias despues le estaban
 „ asando en las parrillas , se burlaba también del tirano ,
 „ diciéndole : ya estoy asado , vuelveme y comeme ; ven-
 „ ciendo con la fuerza de su valor el ardor del fuego.”

XXIX. La templanza , de la que trata San Ambro-
 sio en el ultimo lugar , consiste en la tranquilidad de es-
 píritu , en la moderacion de las pasiones , en la justa re-
 serva , y en una cierta decencia. La eleccion de las per-
 sonas con quienes se debe tratar es de la mayor impor-
 tancia : dice , que solo debe haber trato con gentes de pro-
 bidad reconocida , y recomendables por su edad. La com-

pañia de los iguales da mas dulzura y placer ; pero hay
 mayor seguridad con las personas mas ancianas. Los jóve-
 nes se forman insensiblemente en las conversaciones que tie-
 nen con personas de grandes meritos. Porque si es de la
 mayor conseqüencia elegir el empleo que nos sea propio , y
 cuyas obligaciones podamos cumplir , no es de menor im-
 portancia , para los que tienen la distribucion , cuidar de
 saber á quién los confian : esto principalmente debe obser-
 varse en los cargos de la Iglesia. Unos tienen talento para
 cantar los Salmos , otros para la lectura : unos le tienen
 para exórcizar á los endemoniados , otros para las sagradas
 funciones. No está poco adelantado el que guarda en todo
 quanto hace cierta decencia ó decoro , y todo lo dispone
 segun el orden conveniente : en esto consiste lo bello y ho-
 nesto : dos cosas que tienen tanta conexiön entre sí , que
 no se pueden separar. Para que en toda nuestra vida se
 adviertan estas calidades , es preciso arreglar cada una de
 las acciones en particular , con tanta orden y exáctitud , que
 no pequen en circunstancia alguna : tener , ademas de esto ,
 suavidad en las palabras , no lisongear á nadie , ni desear
 ser lisongeados , no despreciar á nadie , ser del parecer de
 los buenos , acostumbrarse á respetarlos ; atender siempre á
 los movimientos de su corazon velando sobre sí , mantener
 sus sentidos en la sumision y dependencia , é impedir que
 el apetito se subleve ó prevenga á la razon.

Trata también el Santo Obispo del desprecio que de-
 bemos hacer de las riquezas , cuyo amor borra en nosotros
 la Imágen de Dios , y concluye su primer libro *de los Ofi-
 cios* con reflexiones sobre los defectos de que deben estar esen-
 tos los Eclesiásticos , y sobre las calidades principales que
 pide en ellos San Pablo en su primera carta á Timotéo ,
 exhortándolos principalmente al desinterés y á la castidad ; lo
 que hace de modo , que se conoce que creía que los Obispos ,

Presbíteros, y Diáconos estaban obligados á la ley del celibato; pues dice, que algunos de estos que no la observaban, y estaban ocultos en lugares retirados, no daban otra razon para ocultar su incontinencia, que el exemplo de los Sacerdotes de la ley antigua.

El segundo libro de los Oficios trata de la bienaventuranza: despues habla del bien util, y de las ventajas de la piedad, estableciendo por máxima, que lo que es honesto, es util; que lo que es util, es honesto y justo; y que lo que es justo, es util. No puede entrar la sabiduría en sociedad con los vicios, y está, como la prudencia, enlazada con las otras virtudes.

XXX. Trata San Ambrosio por extenso de la liberalidad, y se aplica particularmente á prescribir las reglas pertenecientes á la limosna. No basta asistir á los pobres que nada tienen con qué vivir; tambien es preciso cuidar de los que se ven en alguna necesidad, principalmente quando no los han reducido á este estado sus excesos, sino la pérdida imprevista de sus bienes. A los Sacerdotes pertenece avisar al Obispo quando conocen que hay alguno de esta naturaleza. Pero una de las mas importantes obligaciones de la caridad, es rescatar los cautivos, salvar la vida de los condenados á muerte, librar á las mugeres del oprobrio, restituir los hijos á los padres, los padres á sus hijos, los ciudadanos á su pátria, pagar las deudas de los que no pueden cumplir, alimentar los niños, y proteger los pupilos. Tambien es acto de caridad contribuir no solo con su cuidado, sino con su dinero, á casar las doncellas, expuestas al peligro por la muerte de sus padres; los que no estan en estado de ayudar á los otros dando dinero, deben por lo menos asistirlos con su cuidado y consejos, los que tal vez suelen ser mas utiles que el mismo dinero. Pero es necesario orden y método en la distribucion de las limosnas; y los Sacerdotes en particular

deben hacerla con economía y distincion de personas, sin mirar á las ansias é importunidades de los que la piden, ni dexarse sorprehender de los artificios de ciertos vages, que fingen deudas, y otras desgracias, para conseguir limosnas mas abundantes: se debe exâminar, si es verdad lo que dicen, quâles son sus costumbres, y caracteres. No conviene despedirlos sin darles nada; pero es necesario darles poco para no perjudicar á los verdaderos pobres; esto es, á los vergonzantes, á los que con ser infelices, no quieren que se conozca su miseria: tambien han de ser preferidos los enfermos y encarcelados. „ Es preciso, dice San Ambrosio, „ disponerse con las buenas obras, y recta intencion, á „ recibir los cargos, y principalmente los de la Iglesia. „ Tan malo es solicitarlos con arrogancia, como separarse „ de ellos por negligencia.” Es preciso evitar igualmente una baxa afectacion, y una ambicion inmoderada, y contentarse en los límites de la rectitud y sencillez. Esta virtud todo lo incluye, y es por sí misma muy recomendable. „ En „ el exercicio de su ministerio ninguno debe ser demasiado se- „ vero, ni demasiado relaxado, porque no parezca que pretende „ que se sienta el peso de su imperio; ó porque da á entender „ que no hace caso de su empleo. Debemos gustar de obli- „ gar á todo el mundo, y no cometer jamás injusticias con „ que se olviden de las primeras gracias. El Obispo debe „ ser equitativo en sus juicios, como en sus beneficios; debe „ considerar y proteger sus Sacerdotes, y los demas Ecle- „ siásticos, y no ofenderse por la estimacion, y reputacion „ que adquieren con sus limosnas, ciencia y piedad. El „ Presbítero, y los Ministros inferiores deben tener pre- „ sente la gracia que han recibido del Obispo, vivir en „ humildad y obediencia, no ensobervecerse con su mérito, „ ni pretender establecer su reputacion con perjuicio de la „ suya, afectando pasar por mas hábiles, humildes y caritati-

vos. No se ha de proteger á los malos, ni confiar las
 cosas santas á los indignos; mas tampoco se debe irritar,
 ni condenar ligeramente á aquel, cuya mala conducta no
 está bien conocida; porque si en todas partes desagrada
 la injusticia, en la Iglesia es insufrible; porque en ella
 todo debe regularse segun la equidad; y la igualdad de-
 be guardarse con el mayor escrupulo. En vuestra ma-
 no no está no decir nada, quando solo se trata de algun
 negocio de interés; aunque será mejor procurar prote-
 ger la justicia. Mas quando se trata de la causa de Dios,
 en la que se teme dexar algun impío en la comunión,
 entonces no se puede callar ni disimular, sin hacerse
 reo de un grande pecado. Hace despues presente San
 Ambrosio á los Ministros de la Iglesia, que hay mayor
 razon para asistir á los pobres que á los ricos. Estos se
 persuaden á que quanto se hace por ellos, se debe á su
 calidad y su mérito; ó que si se les obliga, es porque
 se espera de ellos algun grande servicio. Los pobres, al
 contrario, como no pueden corresponder, quieren que es-
 peremos de Dios la recompensa del bien que les hacemos,
 y agradecen y manifiestan su reconocimiento." Les exhorta
 al desprecio de las riquezas, á aliviar, segun los posibles, á
 los miserables, especialmente á los cautivos, hasta vender
 los vasos sagrados por redimirlos, si fuese necesario.

XXXI. Asi lo habia hecho el Santo Obispo con los pri-
 sioneros y cautivos que habian cogido los bárbaros en la Tra-
 cia, y en la Iliria. Los Arrianos le habian reprehendido en
 lo exterior, aunque en sus corazones aprobaban esta accion
 de caridad: lo que obligó á San Ambrosio á justificarse de
 viva voz, y por escrito. Hace ver, que sin inhumanidad,
 no podia parecer mal que se librase á un hombre de la
 muerte, ó á una muger de la impureza de los bárbaros,
 mas insufrible aun que la muerte misma: que es mas util con-

servar á Dios las almas, que conservarle el oro; porque
 éste no se le dió á los Apóstoles quando les envió á predi-
 car el Evangelio, y fundó su Iglesia sin el socorro del oro,
 ni la plata: que la Iglesia no junta tesoros para tenerlos
 siempre guardados, sino para distribuirlos en las necesida-
 des: que no se debe conservar con tanto cuidado lo que
 es inutil, mientras no se emplea: que nadie ignora quanto
 oro y plata se llevaron los Arrianos del Templo de Dios:
 que mas vale que el Obispo los haga fundir para ali-
 mentar á los pobres, si no tiene otros medios para socor-
 rerlos, que el que algun dia vengan á profanarle los sa-
 crilegos, ó á robarle los extrangeros: que el Señor nos di-
 rá: ¿Cómo habeis sufrido que tantos pobres muriesen de
 hambre? ¿No teniais oro con que haberlos proveido de
 víveres? ¿Por qué habeis permitido que tantos cautivos
 hayan sido puestos en venta, y por no haberlos resca-
 tado, les hayan quitado sus enemigos la vida? ¿No hu-
 biera sido mejor haber conservado estos vasos vivos, que
 los vasos inanimados de metal? ¿No habrá que respon-
 der á esta reprehension de Jesuchristo? Porque, ¿qué ha-
 beis de decir? Que temiais que faltasen ornamentos pa-
 ra la Iglesia de Dios. Pero responderá: los Sacramentos
 y misterios no necesitan de oro; no los hace venerables
 el resplandor de este metal, porque no se compran con
 él: el rescate de los cautivos es el ornamento de los mis-
 terios, y esos vasos solamente son preciosos quando res-
 catan las almas de la muerte; son el verdadero tesoro del
 Señor quando hacen lo mismo que hizo su sangre. Nun-
 ca conozco mejor que un caliz es el vaso que contiene
 la sangre del Señor, que quando veo que sirve para
 rescatar á los hombres, como la Divina sangre, y que
 el sagrado vaso redime del poder de los enemigos á aque-
 llos á quienes la misma sangre ha libertado de la ser-

„ vidumbre del pecado. ¡Qué vista tan hermosa y agrada-
 „ ble, prosigue, hacen las tropas de cautivos rescatados por
 „ la Iglesia! Y ¡qué bien parece que se diga, son estos
 „ los que Jesuchristo redimió! Para esto se puede estimar
 „ el oro: este es el oro que es útil, este es el oro de
 „ Jesuchristo, el que libra de la muerte, rescata la pure-
 „ za, y redime la castidad. Mas he querido restituirlos
 „ libres á vuestra vista, que guardar el oro y la plata. Esta
 „ multitud de cautivos, esta larga procesion de personas
 „ rescatadas es mas excelente que una larga fila de cáli-
 „ ces y vasos sagrados. No hay empleo en que la sangre
 „ del Redentor de los hombres pueda servir mejor, que
 „ en redimir los miserables, y en esta ocasion reconozco,
 „ que no solamente resplandecia la sangre del Señor en
 „ los vasos de oro, sino que imprimió en ellos la virtud
 „ de su operacion divina, haciendo que fuesen utiles para
 „ el rescate de los cautivos. Este oro, añadé, fué el que
 „ reservó el Martir San Lorenzo para Dios, quando pre-
 „ guntándole el Juez, ¿ en dónde estaban los tesoros de la
 „ Iglesia? le prometió manifestarselos; y el dia siguiente le
 „ presentó los pobres, diciendo: *Estos son los tesoros de*
 „ *la Iglesia*: y verdaderamente lo eran, pues en ellos es-
 „ taba Jesuchristo, y la fe del Señor. ¿Qué mejores te-
 „ soros se pueden conservar á Jesuchristo, que aquellos en
 „ quienes afirmó que él mismo habia de estar, quando di-
 „ xo: *tuvé hambre, y me disteis de comer; y daré por hecho*
 „ *conmigo mismo lo que habeis executado con alguno de ellos.*
 „ Nunca se dixo á San Lorenzo, habeis hecho mal en dis-
 „ tribuir los tesoros de la Iglesia en los pobres, ni en ven-
 „ der los vasos que sirven para la dispensacion de los Sacra-
 „ mentos.” No obstante, quiere S. Ambrosio que se haga esta
 „ distribucion con fe sincera, con circunspeccion y prudencia.

XXXII. En el tercer libro de los Oficios, continúa

San Ambrosio, hablando del bien honesto, y del bien útil,
 según las máximas de la Religion Christiana. Desde luego
 hace ver, que no fué Escipion el que nos enseñó aquella
 verdadera máxima; que nunca está el hombre menos solo,
 ó nunca es mas eficaz, que quando se retira dentro de
 sí mismo, y parece que no obra: que no la ignoró Moy-
 sés, pues clamó callando, combatia sin moverse, y triun-
 faba de sus enemigos sin herirlos: que no la ignoraron los
 Profetas Elías, y Eliséo; pues el primero con solo una
 palabra detuvo la lluvia, y el segundo puso ciegos con su
 oracion á todos los soldados que habian venido á prenderle
 de parte del Rey de Siria: que la conocieron los Após-
 toles, quando su sombra sanaba los enfermos: y por ulti-
 mo, esta máxima se verifica en todos los justos: „ Porque
 „ el justo nunca está solo, pues habla siempre con Dios,
 „ y jamás está separado de Jesuchristo; ni la vida, ni la
 „ muerte, ni las Potestades, nada le podrá separar: nunca
 „ está ocioso, porque está siempre en la disposicion de trabajar:
 „ aunque parece que está olvidado, todo el mundo le co-
 „ noce: Vive, aunque muerto para el mundo. Parece que
 „ está triste, pero en lo interior goza de una verdadera
 „ alegría; es pobre, y liberal juntamente; solo le interesa
 „ la virtud, y no estima lo que no dura.” No admite San
 Ambrosio la distincion que hacian los Paganos del bien
 honesto, y del bien útil; y manifiesta, que se debe juzgar
 del útil como piensan los Christianos, los quales solo re-
 conocen por útil aquello que es justo y honesto. Distingue
 dos suertes de sabiduría, la perfecta, y la imperfecta.
 Esta inspira al hombre carnal, que solamente sea sabio pa-
 ra sí, y busque solamente su bien, su satisfaccion, su glo-
 ria, y la procure continuamente, aunque sea á costa de
 los otros. La perfecta, por el contrario, como viene de
 Dios, nada aborrece tanto como esta baxa y envidiosa eco-

nomía : el justo que la posee , estima menos lo que es útil para sí , que lo que aprovecha á todo el mundo , poniendo toda su atencion en el estudio de la virtud. Esta sabiduría es conforme á las leyes del Evangelio , y á las de la naturaleza , á las máximas de los filósofos , y aun á las leyes civiles ; pues todas convienen en que no es permitido hacer injusticia al próximo por buscar el bien para sí mismo. Sobre este principio decide San Ambrosio : » Que un » Christiano de probidad y de justicia , no debe conservar » su vida á costa de la de otro : que en los peligros de un » naufragio ninguno debe quitar á otro la tabla de entre » las manos por salvar su propia vida ; y que si le sale un » ladron , no debe pelear con él , no sea que por conservar » su vida destruya la caridad. » Apoya su decision en aquellas palabras del Evangelio : *Vuelve tu espada á la vaina* : y sobre éstas : *el que hiere con espada , morirá con espada* : y en el exemplo de Jesuchristo , el que no se valió de la violencia para defenderse de los que iban á quitarle la vida. Dice , que el sabio siempre procede con buena fe y sinceridad en todo quanto hace , y jamás anda por rodeos. » Lo demuestra con el exemplo de San Juan Bautista , y el de David , el qual , con la seguridad de no ser descubierto , nada hizo contra su obligacion ; porque se juzgó á sí mismo primero , y las reprehensiones de su conciencia le daban tanta pena , quanta era la vergüenza que acompaña siempre á la acción mala. Se levanta contra los que en tiempo de esterilidad cierran la entrada de sus ciudades á los extrangeros , como poco antes se habia executado en Roma , de donde habian arrojado á gentes que habian pasado en ella toda su vida ; y alaba á un Magistrado de la misma ciudad , que se opuso con vigor á las murmuraciones del pueblo , que queria que se echasen fuera de ella todos los extrangeros , durante el hambre. » Dais

» de comer , decia este Magistrado , á los perros , y lo habeis de negar á los hombres ! Es barbarie no querer alimentar á los que siempre os han alimentado y han empleado en serviros todas sus fuerzas. »

XXXIII. Hace ver S. Ambrosio cuánto se deshonran los que continuamente aplicados á los viles intereses de una sórdida ganancia emplean toda especie de medios para juntar hacienda , y algunas veces para invadir las herencias de los otros. Sobre todo reprehende esta codicia en los Eclesiásticos , haciéndolos que adviertan el oprobio de que se cargan , quando en vez de dexar á los moribundos disponer de sus bienes con juicio y buena voluntad , extravian artificialmente ácia su provecho la herencia que pertenece á otras personas. Quiere tambien que sino pueden manejar los intereses de los unos , sin perjudicar á los de los otros , se queden neutrales antes que servir al uno contra el otro : que no se introduzcan facilmente en materias civiles ni de intereses , porque haciendo que ganen unos , perjudican á otros : que jamas hagan injusticia , antes bien que deseen sinceramente hacer bien á todo el mundo. Encomienda la buena fe , la justicia y la equidad en los contratos , principalmente en las compras y ventas : estas virtudes son el alma del comercio ; y las personas de honor no deben ser interesadas , ni andar con rodeos , y mucho menos con engaños en sus negocios. Refiere la culpa de Herodes , cumpliendo una promesa que hizo con ligereza excesiva , y el parricidio de Jepte para manifestar que nada debe prometerse que no sea legítimo , y que no se debe dar cumplimiento á juramentos injustos. Despues hace ver en una dilatada enumeracion de las personas ilustres del antiguo Testamento , como son Tobias , Judith , Eliseo , San Juan Bautista , Susana , Jonatás y Aquimelech , quan gloriosa cosa es preferir la justicia y honestidad á todo interes ó ventaja temporal. El último ca-